

por medio su destino poético» (*id.*). Lo que no impedía que, a renglón seguido, pasase a lamentar que «en aquella circunstancia» se expresara «como a cara y cruz el destino de César»: «De una parte estaba el Occidente con su proyección a la catástrofe. De otro, América, con el horizonte abierto. Se optó en él por los valores del viejo mundo. Pero César debió comprender a consecuencia de la intentona fallida que estaba ligado con Georgette. Aquél había sido su último sobresalto, quizá su postrer intento de salvación».

Pese a que Larrea se jactaba de ofrecer a «las generaciones venideras» «granos de evidencia» (*AV* 11, p. 179), susceptibles de contrariar «la confusión profesional» de los demás «testigos» de Vallejo, y en especial de su viuda, uno no logra determinar hasta qué punto el «destino poético» de Vallejo, del que, sin embargo, no bien se cumplió, procuró con todos los medios a su alcance apropiarse, le parecía más digno de ser tomado en consideración que su «destino» a secas, sobre el cual tanto quiso influir, en una fecha clave, sin lograrlo.

Larrea permaneció lejos de París, con excepción de breves días en enero de 1935 y en diciembre de 1936 (*AV* 11, pp. 218-9), entre febrero de 1934 y marzo de 1937. No estaba, por lo tanto, en octubre de 1934, cuando «César, ya vencido, se decidió a remachar sus grilletes contrayendo matrimonio con su *dulce niña*» (*id.*) y se fundaba en testimonios de terceros cuando aseguraba que Vallejo «parecía entonces» —a la hora de casarse— «esperar la aparición de algo, tal vez de una mujer»,<sup>18</sup> «que le sacase de su estado como de reclusión» de aquel «ominoso atolladero en que pacientaba ya medio manso» (¡!).<sup>19</sup>

Larrea solía contraponer la fidelidad de su memoria a las variaciones, por cierto anárquicas, de la memoria de Georgette. Sin embargo, hasta 1967, había olvidado que, en ese lapso de tamañas «imperfecciones materiales», «derivadas de su infantilismo» (*AV* 5, p. 367), Vallejo quiso publicar «un libro de versos» y, en 1935, le encargó a él, que se encontraba en Madrid, sondear con tal motivo a Bergamín, quien en 1931 prologara la edición madrileña de *Trilce*. Durante casi tres decenios, pudo, de ese modo, sostener que en 1936, o sea al estallar la Guerra civil, llevaba Vallejo «catorce años de silencio poético casi absoluto» (*CVHCR*, p. 18). Cuando finalmente aparecieron entre sus papeles dos cartas que le devolvieron el pasado, en un primer tiempo argumentó que su rara «amnesia», ya *total* «a la muerte de César, sólo dos años después», se debió a que, «en su sentir de entonces, ese poemario era como inexistente», algo así como «un poemario fantasma», que Vallejo se habría apresurado a «pergeñar», aunque «carecía de entidad», porque Alberti lo informara que Bergamín iba a lanzar la *Residencia en la Tierra* de Neruda (*AV* 5, pp. 407-8). Posteriormente, a raíz de la reproducción «en facsímil» de los originales de los *póstumos* vallejianos en la edición Moncloa de la *Obra Poética Completa* (Lima, 1968), corrigió el tiro y pasó a calificar el tal «poemario fan-

<sup>18</sup> Probablemente, la reaparición de Doris.

<sup>19</sup> Sin entrar a discutir el papel de Georgette en el «destino» global o puntual de Vallejo, bastará aquí recordar su presencia en los «poemas póstumos», no sólo a través de la mención de su nombre en una estrofa algo trivial de «Ello es el lugar», sino, más que todo, como inspiradora de los dos grandes versos excepcionalmente felices del período, el erótico «¡Dulzura por dulzura» y el «coral», amén de eucarístico «Palmas y Guitarra», cuya inesperada elevación, en plena Guerra civil, elude, por «un instante», el «dominio de la muerte»: «¿Qué me importan los fusiles...? / ¿Qué te importan a ti las balas...?»

tasma» de «poemario precursor», del cual se preci6 de poder puntualizar, no s6lo el t6tulo, sino el contenido. Lo que origin6 que en la edici6n Barral apareciera, para sorpresa de muchos, una secci6n integrada por nada menos que cuarenta y un poemas, bajo el r6tulo del primero de la serie: *N6mina de Huesos*.

Larrea y Vallejo tuvieron de nuevo «tratos seguidos» 6nicamente en el segundo trimestre de 1937 (AV 5, p. 407; AV 11, p. 219). El estallido de la Guerra civil, a mediados de 1936, lo hab6a «galvanizado» a Vallejo, y los dos amigos coincidieron en las manifestaciones de apoyo a la Rep6blica espa6ola que se realizaban en Par6s. Pero pronto Larrea se dio cuenta de que «C6sar no era el mismo con quien 6l hab6a intimado en 6pocas anteriores» (AV 11, p. 221). No tard6 en notar que «carec6a de resoluci6n para participar en algunos aspectos de la lucha que los electrizaba a todos». En seguida, lo interpret6 como que «la vida que arrastraba con Georgette» lo estaba «arruinando» y hac6a que «algo no funcionase en 6l del todo» (*id.*, p. 223). No obstante, Vallejo, en julio, concurri6 como representante del Per6 al II Congreso Internacional de Escritores que sesi6n6 en Barcelona, Valencia, Madrid, nuevamente Barcelona y finalmente Par6s, y ante el cual intervino, durante la sesi6n madrile6a, para tratar de «la responsabilidad del escritor» con una lucidez afirmativa que no consiente pensar que, en aquellos d6as, «no se encontrara en la plenitud de sus cabales» (*id.*).

Sea como fuere, la clausura del Congreso en Par6s marc6 el final del «trato seguido» que, desde marzo, se hab6a reanudado entre el espa6ol y el peruano: «Nos mov6amos en dos c6rculos distintos que s6lo engranaban en alguna circunstancia ocasional. Pasamos semanas y hasta meses que no nos vimos» (*id.*, pp. 224-5). Contribuy6 a agudizar la distancia «la introversi6n cerrad6sima de C6sar», que no supo comprender que los espa6oles de Par6s sintieran «la necesidad de permanecer pegados», limitando el contacto con los no espa6oles, «por muy simpatizantes que fueran», «inclusive los hispanoamericanos», de tal manera que, «inexplicablemente» (¡vaya l6gica!), no volvi6 C6sar a «buscarlo» a Juan, aunque fuese «de cuando en cuando» y solamente «para intercambiar emociones».

Par6s no es tan grande. Aconteci6 que, un d6a de noviembre o diciembre, Larrea y Vallejo dieron el uno con el otro en el jard6n del Luxemburgo. Cruzaron algunas palabras; C6sar lo mir6 a Juan de una manera «extra6a» que Juan no entendi6, y eso fue todo (AV 11, pp. 137 y 159).

Nunca m6s estar6an juntos hasta que Vallejo ingres6 en la cl6nica Arago. Ah6, Larrea lo visit6, pero siempre en presencia de terceros y s6lo mientras no «se le ved6 la entrada en su pieza» (*id.*, pp. 137-8). «Cuando volvi6 a hallarme a su lado al atardecer del 14 de abril luego que me comunicaron<sup>20</sup> que en su delirio estaba llam6ndome por mi nombre, ya no reconoc6a a nadie. A la ma6ana siguiente me fue dado estar a los pies de su lecho —junto a su compa6era y a A.C.O.— cuando a las 9 y 19 exhal6 su 6ltimo suspiro» (*id.*).

Una cosa est6 clara: en todos sus a6os de Par6s, incluyendo los meses finales de 1937 en que su verbo rompi6 las 6ltimas barreras que la realidad le opon6a, Vallejo no confi6

<sup>20</sup> Quien se lo comunic6 fue su mujer, a la cual 6l hab6a «pedido que en su nombre y representaci6n se hiciera presente en la cl6nica» (AV 11, p. 227). Nadie ha corroborado el testimonio y, desde luego, Georgette lo ha reprobado.

a nadie los secretos de su quehacer poético. A lo largo del tiempo, Larrea no se ha cansado de subrayar que, al morir el poeta, «la *mujer desconocida* a la que vivió ligado los últimos años de su existencia» (*id.*, p. 292) ignoraba todo de su poesía postrera, cuyos originales hubo de entregarle «alguien» —tal vez «un tal Mossisson»— que misteriosamente los detentaba (*id.*, p. 235): «A nadie dijo nada [Vallejo] del tumulto verbal que se había abierto camino a través de su persona»; ninguna «palabra de información, de instrucción, de recomendación, ni siquiera a quien había estado viviendo a solas con él durante los 33 días<sup>21</sup> que mediaron entre su caída en cama y su fallecimiento, y en los que, sabiéndose morir, tan sobradas horas tuvo de pensar en todo» (AV 11, p. 317). «Conociendo el modo incisivo e insinuoso como César pensaba,<sup>22</sup> me resulta obvio que, deliberadamente, no quiso mezclar a *VV*<sup>23</sup> en modo alguno al destino de su obra» (*id.*, p. 237). Otros declaran *heredero*: sin decir palabra pero con toda resolución, Vallejo la declaraba a su mujer «anti-heredera». «Se limitó a dictarle» —el 29 de marzo— «una especie de testamento trascendental». Alusión al: «Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios», estampado en la p. 147 de la edición príncipe de *Poemas Humanos* y que sigue dividiendo a la crítica, si bien para Larrea significaba en primera instancia que «la conciencia de César» quiso *excluir* «totalmente a su compañera de sus asuntos literarios, dejándolos en manos de España y de Dios, convencido de que tras su muerte tenía una causa *religiosa* que defender en la que el mismo Dios había de erigirse en defensor suyo».<sup>24</sup>

Cuando Vallejo se disponía a «adelantarse a sus compañeros de viaje» y buscaba «lo que diría al Desconocido hacia cuya casa nuestra inconsciencia guía» sin lugar a engaño «nuestros pasos»,<sup>24 bis</sup> lo más verosímil es que no rumiaba sentimientos vengativos hacia quien fuese y que su preocupación máxima no era valerse del conducto de su mujer tramposamente, sólo para quitarle todo derecho a su herencia. De cualquier manera, nada lo habilitaba a Larrea para *zanjarlo*.<sup>25</sup>

### III

Lo innegable es que, entre septiembre y diciembre de 1937, Vallejo pudo escribir, como en una «avalancha» (*id.*, p. 106), más versos que en los dieciséis años anteriores, y luego dedicar su postrer cuatrimestre «en el mundo de la salud perfecta» a revisar su obra, «a hurtadillas» de Georgette, a la que nada tampoco comunicó durante el mes

<sup>21</sup> *Importa el número: 33 fueron los años de la vida de Cristo, el «Jesús de otra gran Yema» de Los Heraldos Negros, tan reiteradamente citado por Larrea.*

<sup>22</sup> *¿Por qué no lo recordaba también Larrea en su comentario de la tan mentada carta de enero del 32?*

<sup>23</sup> *Las iniciales con que, cansado de llamarla la dulce niña, Larrea había pasado a designar a Georgette Vallejo (V por Viuda y V por Vallejo).*

<sup>24</sup> *Por lo demás; cómo no señalar el carácter perfectamente tautológico de la explicación: Vallejo dijo Cualquiera que sea la causa, etc.; con eso quería decir que estaba «convencido de que, etc.»*

<sup>24 bis</sup> *Cito a Pessoa, cuyo centenario del nacimiento por algo coincide con el cincuentenario de la muerte de Vallejo.*

<sup>25</sup> *Lo que volvía aún más grotesca su insistencia: «Todo lo absurdo que se quiera, pero fue así y no de otro modo» (AV 11, p. 237).*